

Tribuna Abierta

POR BRAULIO HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Dios no es parcial contra el re-publicano

EN un gesto sin precedentes, los cuatro obispos del País Vasco han decidido “purificar la memoria” y “prestar un servicio a la verdad, que es uno de los pilares básicos para construir la justicia, la paz y la reconciliación” y en una eucaristía conjunta harán justicia y rehabilitarán a “los catorce sacerdotes ejecutados en los años 1936 y 1937 por quienes vencieron en aquella contienda”. Un gesto acogido con silencio por el resto de la jerarquía.

Además de los vascos, hubo “otros religiosos asesinados por el bando nacional que no han obtenido ni obtendrán reconocimiento alguno por parte de la jerarquía eclesiástica española”, dijo en su día, en *El Periódico de Aragón*, Antonio Aramayona, profesor y articulista.

Monseñor Rouco, presidente de la Conferencia Episcopal Española, ha llegado a afirmar que “para una auténtica y sana purificación de la memoria, lo mejor es el olvido”. Sin embargo, un discernimiento sobre el comportamiento de la Iglesia durante la guerra y la posterior represión no es contrario al Evangelio. “Todo lo conocido es luz” dice San Pablo. Ahí está, por ejemplo, el librito-catequesis *Memoria histórica ¿Cruzada o locura?* (www.comayala.es) del sacerdote abulense Jesús López Sáez.

En su iniciativa de llevar al Parlamento la LRMH (atendiendo a las peticiones de muchos familiares de represaliados por el franquismo), los obispos acusaban al Gobierno de practicar una “memoria selectiva” y de “reabrir heridas”, mientras ellos preparaban la beatifica-

ción más numerosa de la historia: 498 mártires de la guerra civil, oficiada en Roma el 28 de octubre de 2007. “Pío XII se opuso a una canonización indiscriminada y masiva. Juan XXIII mantuvo y reforzó esa actitud, como Pablo VI, que ordenó la paralización de los procesos canónicos que desde el final de la guerra llegaron al Vaticano, pidiendo la canonización de los mártires de la cruzada. Las cosas cambiaron con Juan Pablo II, de quien se afirma que fue admirador de Franco”, recuerda J. L. Sáez.

Entre los beatificados en Roma no figuraban los 14 sacerdotes vascos (ni ninguno de los miles de católicos republicanos que fueron fusilados por los sublevados por defender la legalidad de la República). El portavoz episcopal dijo desconocer si tales hechos sucedieron, pero “la existencia de múltiples documentos acerca de estos asesinatos revela descarada hipocresía de la máxima jerarquía religiosa de España” (según *El Plural*). El cura Jesús cuenta esta anécdota: “Yo conocí en Roma a un sacerdote venerable, Albert Bonet, a quien pudieron matar en las dos partes, en Cataluña por ser cura y en Navarra por ser catalán. Claro, si le hubieran matado en Cataluña, podría haber sido beatificado hoy. No así si le hubieran matado en Pamplona. ¡Lo que son las cosas!” (*Beatificación en Roma*, 28/10/07).

Entre las víctimas del clero se contabilizan 4.184 del clero secular, 2.365 religiosos, 283 religiosas. “Ciertamente, la violencia anticlerical fue terrible: 6.832 víctimas. Pero debe situarse en el marco de la violencia general desatada por el sangriento golpe de Estado contra

el orden legítimamente constituido de la República y por la guerra civil consiguiente”. La cifra la dio el sacerdote y periodista Antonio Montero que, curiosamente, llegó a ser obispo de Badajoz, ciudad donde las atrocidades de los golpistas se llevaron, en una semana, a 4.000 víctimas: “La sangre corría a ríos por las calles”. Los milicianos capturados en el coro de la Catedral “fueron ejecutados ante el altar, (...) los rebeldes celebraron la Asunción con una terrible matanza”, recoge el historiador Manuel Tuñón de Lara.

Antonio Bahamonde, que fue secretario del general golpista Queipo de Llano, en su libro *Un año con Queipo* afirma que “sólo en Sevilla, por ejemplo, donde el golpe triunfó de inmediato, sin resistencia, asesinaron a más de 9.000 obreros y campesinos”. Testigo de las carnicerías, Bahamonde huyó al exilio. Su fe, dice, llegó a tambalearse ante “el beneplácito y la bendición de la Iglesia”, muda ante tantas atrocidades. En los diez años que siguieron al final oficial de la guerra, no menos de 50.000 personas fueron ejecutadas, denuncia Julián Casanova en *La Iglesia de Franco*.

Un decreto de la Jefatura de Estado (de los sublevados), del 16 de noviembre de 1938, establecía, “previo acuerdo con las autoridades eclesiásticas, que en los muros de cada parroquia figurara una inscripción que contenga los nombres de los Caídos, ya en la presente Cruzada, ya víctimas de la revolución marxista”. Los nombres permanecen en las fachadas de las iglesias; mientras que más de 30.000 cuerpos de ciudadanos republicanos per-

manecen borrados de la memoria en fosas comunes, en cunetas, barrancos, pozos y cementerios.

“No queremos reabrir heridas, sino ayudar a curarlas, queremos contribuir a la dignificación de quienes han sido olvidados o excluidos y mitigar el dolor de sus familiares y allegados”, manifiestan los obispos de las diócesis vascas. En 2007, monseñor Ricardo Blázquez, al finalizar su mandato como presidente de la CEE ya adelantó: “deseamos que se haga plena luz sobre nuestro pasado”; “recordamos la historia no para enfrentarnos, sino para recibir de ella la corrección por lo que hicimos mal o el ánimo para proseguir en la senda acertada”.

La Iglesia española, recuerda Jesús L. Sáez, “necesita memoria histórica, ¿es que no se ha bajado todavía del carro de los vencedores?”. Recuerda la parábola del fariseo y el publicano (estaba en el calendario el día de las beatificaciones masivas). “Bien puede ser que el re-publicano baje a su casa justificado y el otro no”. La Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica manifiesta que: “Mientras (la Iglesia) sólo asuma su parte de víctima y no la de verdugo, estará contribuyendo a una estéril culpabilización y a una utilización extremadamente parcial del pasado. Debe pedir perdón por su complicidad, por una actitud que causó enormes sufrimientos”. La guerra civil no fue una cruzada, sino una guerra fratricida: “una empresa pasional de odio y violencia”, denunció el capuchino Gumersindo de Estella. Se dice en el salmo 85: “Dios anuncia la paz, con tal de que a su locura no retornen”.

Los obispos acusaban al Gobierno de practicar una “memoria selectiva” y de “reabrir heridas”

Más de 30.000 cuerpos de ciudadanos republicanos permanecen borrados de la memoria

Al principios de abril de este año, los veinte países más ricos del mundo (G-20) se reunieron en Londres para encontrar salidas a la crisis económico-financiera mundial. La decisión de base fue continuar en el mismo camino de antes de la crisis, pero con controles y regulaciones a partir de una mayor presencia del Estado en la economía. Los controles serían para el tiempo necesario para la superación de la crisis, a fin de evitar el colapso global, y las regulaciones serían para restaurar el crecimiento y la prosperidad con la misma lógica que prevalecía antes.

Esta opción implica continuar con la explotación de los recursos naturales que devastan los ecosistemas y hacen aumentar el calentamiento global y el foso social entre ricos y pobres. Si esto prospera, dentro de poco nos enfrentaremos a la crisis de la propia naturaleza, pues las causas no han sido eliminadas. Hay que añadir también el hecho de que los 172 países restantes (en total son 192) no fueron oídos ni consultados. Se pensó en ayudarles, pero con migajas. En efecto, toda África, el continente más vulnerable, sería socorrida con menos fondos de los que el

Colaboración

POR LEONARDO BOFF (*)

Bifurcación de la humanidad

gobierno de Estados Unidos ha usado para salvar a la General Motors.

El impacto perverso de la crisis sobre los países de bajos ingresos se presenta aterrador. Se estima que, mientras dure la crisis, más de 100 millones de personas caerán cada año en extrema pobreza y se perderán cada mes un millón de puestos de trabajo. Esta situación hizo que el presidente de la ONU, Miguel d'Escoto Brokmann, imbuido de alto sentido humanitario y ético, convocase una reunión de alto nivel que reuniese a los 192 representantes de los pueblos para discutir conjuntamente la crisis y buscar soluciones incluyentes. Acaba de tener lugar, del 24-26 de

junio, en los espacios de la ONU. Todos hablaron. Era impactante oír el clamor que venía de las entrañas de la humanidad: los ricos lamentando los billones de pérdidas en sus negocios y los pobres denunciando el aumento de la miseria de su pueblo.

Muchas voces sonaron claras: no bastan los controles y regulaciones que acaban beneficiando a los que provocaron la crisis. Es urgente un nuevo paradigma que redefina la relación con la naturaleza, con sus recursos escasos, el propósito del crecimiento y el tipo de civilización planetaria que queremos. Es importante elaborar una Declaración del Bien Común de la Humanidad y de la Tierra que oriente éti-

ca y espiritualmente el sentido de la vida en este pequeño planeta.

Tras un intenso trabajo, previamente llevado a cabo por una comisión de expertos presidida por el Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz y con las colaboraciones venidas de cuatro mesas redondas y de la asamblea general, se concertó un detallado documento que alcanzó el consenso de los 192 representantes. El peligro colectivo facilitó la convergencia colectiva, una rareza en la historia de la ONU.

El documento prevé medidas inmediatas, especialmente para salvar a los más vulnerables, bajo la coordinación de varias instituciones internacionales, articuladas entre sí. Pero lo más importante es la presentación de un programa de reformas sistémicas que prevé un sistema mundial de reservas con derechos especiales

El impacto perverso de la crisis sobre los países de bajos ingresos se presenta aterrador

de giro, reformas de la gestión del FMI y del Banco Mundial, regulaciones internacionales de los mercados financieros y del comercio de derivados, y principalmente la creación de un Consejo de Coordinación Económica Mundial equivalente al Consejo de Seguridad. De esta manera se espera garantizar un desarrollo estable y sostenible.

Esta cúpula mundial es generadora de esperanza, pues la humanidad comienza a mirarse a sí misma como un todo y con un destino común. Pero todas las soluciones se orientan todavía bajo el signo del desarrollo. El factor principal de la crisis del sistema-Tierra tiene que ser cambiado por un modo sostenible de vivir. Si no, asistiremos a la bifurcación de la humanidad entre los que disfrutaban del desarrollo y los que son víctimas de él. No hemos llegado aún al nuevo paradigma de convivencia Tierra-humanidad, forjador de una nueva esperanza.

El futuro próximo, decía el presidente de la asamblea, pasa por la utopía que necesitamos construir para poder seguir viviendo juntos en la misma casa común.

(*) Teólogo